KAZANTZAKIS Y CRISTO

Miguel Castillo Didier

Continúa fue la relación entre Kazantzakis y Cristo a través de su vida y a través de su obra. Como es bien sabido, el escritor cretense fue un hombre de profundas inquietudes espirituales²⁵. Fue un espíritu en continuo desasosiego, que admiró a figuras tan disímiles como Buda, Alejandro Magno, Moisés, Mahoma, Cristo, Dante, Cristóbal Colón, Gengis Kan, Lenin, Santa Teresa. Buda, Cristo, Nietzsche y Lenin, precisamente, marcaron ciertas etapas en su vida juvenil, como lo recuerda en las últimas páginas escritas poco antes de su muerte. El hijo de Creta parece oscilar entre un nihilismo total, que estaría reflejado en su *Ascética* (1923), y una hiperactividad literaria, con inquietudes de reforma social y hasta religiosa; entre la incredulidad y una fe que en ocasiones se muestra ferviente. Pero entre las constantes de este hombre de existencia agitada y de compleja trayectoria espiritual e ideológica, está su veneración por la figura de Cristo.

Escribe Kazantzakis en la *Carta al Greco*: «Desde mis años de niño, la persona de Jesús tenía para mí un indescriptible encanto. Yo seguía su vida en los íconos; él nacía, tenía doce años, estaba parado en una barca, levantaba la mano y el mar se calmaba; luego lo crucificaron, lo golpearon; él gritó en la cruz: ‘¡Padre, padre!, ¿por qué me has abandonado?’ Luego, una hermosa mañana salía de su tumba y subía al cielo, con una bandera blanca en la mano... Yo lo veía y era golpeado con Él, crucificado con Él y resucitaba con Él»²⁶. Y en el mismo libro leemos: «Cristo

25 Breves noticias biográficas de Kazantzakis pueden hallarse en los primeros artículos publicados sobre el escritor en nuestro país: Fotios Malleros, «Sobre la obra de Nikos Kazantzakis», *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 5, 1963 (Santiago); Miguel Castillo Didier, «Permanencia de Kazantzakis en la literatura neohelénica I *Ascética*», *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 42, 1964 (Santiago). Abundantes noticias en el volumen *Nikos Kazantzakis: el disidente*, escrito por la segunda esposa del escritor, Heleni Kazantzaki (antes Samfú), traductor anónimo, Ed. Planeta, 1974, Barcelona. Sobre las inquietudes filosóficas de Kazantzakis, existen diversos estudios en griego, entre los cuales los más importantes son el de Pandelís Prevelakis *El poema y el poeta de la Odisea*, Atenas, 1958, y el de Kimon Friar «La *Odisea* de Nikos Kazantzakis», rev. *Kenuria Epojí*, otoño 1958 (Atenas). En castellano pueden consultarse al respecto de M. L. Bidal-Baudier, *Nikos Kazantzakis: cómo el hombre se hace inmortal*, trad. Patricio Canto, 2ª ed., Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1987 y los artículos de Roberto Quiroz Pizarro «Kazantzakis y el Gran Mártir Nietzsche», en *Byzantion Nea Hellás* (=BNH), N° 11-12, 1991-1992, y «La primera tentación de Kazantzakis», en este volumen N° 16 del mismo Anuario, *supra*.

26 *Carta al Greco*, trad. D. L. Garasa, en: N. Kazantzakis, *Obras Selectas*, vol. III, Ed. Planeta, 1968, Barcelona, p. 123.

es la gran respuesta a todas las preguntas. Todo se explica, se aclara, se ordena. Sólo el infiel interroga; vive en la angustia; pierde su ruta. No estamos solos en el mundo; Él lucha también con nosotros»²⁷.

Su veneración y su preocupación por Cristo las hallamos atestiguadas en sus escritos, desde sus ensayos juveniles hasta sus últimas creaciones. Dedicó cinco obras a la figura de Cristo: un drama, dos novelas, un canto en tercinas y una rapsodia de la *Odisea*. La recuerda no pocas veces en *Carta al Greco*. Y además escribió un extenso libro sobre el seguidor de Jesús al que admiraba más profundamente: San Francisco de Asís. Fue su última obra de ficción, si así pudiéramos considerarla, escrita en 1953, después de haber vuelto de su tercer viaje a Asís, donde había permanecido dos meses y medio en 1952. Antes, en 1951, se había editado en Atenas su traducción de la biografía del santo escrita por Johannes Jørgensen, a quien había conocido en 1924, cuando «descubrió» Asís. En cierto modo podríamos decir que *El pobrecillo de Asís* es una sexta obra sobre la figura de Cristo, en cuanto en ella aparece la visión que de Cristo tenía Francisco y en cuanto a que la imagen de Francisco tiende a identificarse con la de Jesús.

Las obras de Kazantzakis sobre la figura de Cristo cubren casi todas las modalidades que estudia Theodor Ziolkowski en el volumen *La vida de Jesús en la ficción literaria*²⁸. Este autor distingue la transfiguración ficcional de la imagen de Cristo que se da en novelas postfigurativas, la biografía ficcionalizante, el *Christus redivivus*, la *imitatio Christi* y los sinónimos de Cristo.

La novela *Cristo de nuevo crucificado* puede ejemplificar nítidamente el procedimiento que Ziolkowski denomina transfiguración ficcional. Naturalmente, en primer lugar, la consideramos una obra postfigurativa, en el sentido de que los personajes y la acción está prefiguradas en una fuente textual específica; en este caso los *Evangelios* y más concretamente el relato de la Pasión. La estructura de la acción establece un paralelo entre esta fuente original y la contrapartida contemporánea. Pero también hay en la novela transfiguración ficcional, porque la figura de Cristo no coincide con la histórica; es otra paralela a aquélla. Sería posible, igualmente, encuadrar esta obra en la modalidad de la *imitatio Christi*, por cuanto el personaje principal, Manolios, decide conscientemente imitar a Cristo hasta el sacrificio final.

La novela *La última tentación* constituye, sin duda, una biografía ficcionalizante. Tenemos aquí el relato de la vida de Cristo, una narración biográfica. El personaje tratado es Jesús, es decir, el personaje histórico Jesús; pero en la narración se introducen numerosos y sustanciales elementos de ficción. Hay, como sabemos,

27 Ibid., p. 231.

28 Th. Ziolkowski, *La vida de Jesús en la ficción literaria*, Princeton University, 1972. (Trad. española: Monte Avila Ed., 1982, Caracas).

biografías de Jesús cuyos autores declaran expresamente fidelidad al texto neotestamentario. Es el caso de la *Historia de Cristo* de Papini. Refiriéndose a esta obra del escritor italiano y a *El Hijo de Dios Historia de un profeta* de Emil Ludwig, Ziolkowski anota, con razón, que a veces parece más interesante la figura de Cristo presentada como vista por algún contemporáneo suyo, como en *Barrabás* de Pär Lagerkvist, *El Nazareno* de Shalom Asch o en *Ben Hur* de Lew Wallace.

Dentro de la categoría de *Christus redivivus* podemos ubicar la pieza teatral *Cristo*. Como en *Jesús en Flandes* de Balzac, el Cristo histórico aparece en una época distinta de aquella en que vivió. En el caso de la obra de Kazantzakis, Jesús aparece en los siglos bizantinos. Pero hay también aquí transfiguración, modificación de los acontecimientos recordados en los *Hechos de los Apóstoles* y de las características conocidas de la personalidad de Cristo.

Por último, podemos decir que el mismo procedimiento para presentar a Cristo encontramos en la *Odisea*, cuando Kazantzakis introduce a Jesús en la rapsodia XXI. Tenemos también en este caso un *Christus redivivus*.

La Tragedia Cristo

El drama *Cristo* se destaca junto a las tragedias *Buda*, *Cristóbal Colón* y *Constantino Paleólogo*, entre las 21 obras teatrales de Kazantzakis. Fue escrito entre 1915 y 1921, y publicada sólo en 1928, en Alejandría, Egipto.

Ya en esta primera obra dedicada a la figura de Jesús, encontramos en germen algunos de los rasgos del enfoque de la personalidad y de la «misión trágica» de Cristo, que se desarrollarán en trabajos posteriores del escritor cretense. Por un lado se destaca el aspecto humano de su persona. Y por otro, paradójicamente, se realiza el carácter terrible, casi brutal, de la misión que deja a sus seguidores. En un momento, en cierto modo de paso, María compadece a su Hijo, porque no le fue dado llevar una vida tranquila y gozar de las legítimas alegrías del mundo. Aquí apunta a la idea que más tarde constituirá uno de los fundamentos de la idea central de *La última tentación*. Cristo, al compartir la naturaleza humana, podía haber redimido al mundo, compartiendo no sólo las penurias del hombre, sino también sus alegrías, los legítimos goces que el propio Dios habría creado para los seres humanos.

Digamos algo respecto de la forma de esta obra antes de seguir adelante. Kazantzakis la considera una «tragedia de tema bizantino»²⁹ y, en verdad, la acción se ubica en la época griega medieval. La acción se desarrolla en una iglesia bizantina

29 En la edición definitiva de sus obras que comenzó el autor poco antes de morir, *Cristo* figura en primer lugar en el tomo titulado *Teatro Tragedias de temas bizantinos*, Ed. Difros, 1956, Atenas.

durante la vigilia de Resurrección. Fieles y cantores, después que han salido del templo mujeres, niños, lisiados, enfermos e impuros de corazón, comienzan a contemplar una visión en la que los personajes parecen desprenderse y descender desde el «temblo» o «iconostasio», aquel muro lleno de íconos que aísla el altar del resto de la iglesia en los templos ortodoxos. Pronto los personajes del drama divino empiezan a hacer oír sus voces a los maravillados fieles. Todo transcurre en algunas horas y en el mismo lugar.

Es el día prodigioso en que se produce la Resurrección. Los discípulos, la Virgen, Magdalena, Salomé y luego algunos amigos, temerosos, ansiosos, desorientados, comentan el trágico fin de Jesús. Todo ha sido una sangrienta tragedia. Pero en algunos de ellos hay cierto presentimiento de que Cristo ha de retornar. El testimonio de Magdalena parece confirmar el prodigio. Igualmente el relato de unos amigos del lugar de Emaús. Por fin, extraordinarias señales marcan la llegada de Jesús a la casa de Magdalena, donde están reunidos los discípulos. Algunos de éstos, que han implorado que retorne como jefe del pueblo, en son de guerra contra la opresión romana, ven ahora con temor que las palabras de Cristo preludian mandatos muy difíciles de cumplir y anuncian muertes dramáticas y sangrientas. Proclama el Maestro:

«Madres, dadme a vuestros hijos. Mujeres, despegaos y entregad a vuestros maridos. Yo hago tronar las puertas a medianoche. ¡Soy la guerra y cojo del pelo a los varones y me marchó!»

El llamado de Felipe a huir antes de que estalle la batalla no alcanza a ser escuchado. Cristo no tiene compasión de sus débiles discípulos, a quienes va a imponer durísimas misiones. Su voz se escucha imponente, poderosa:

«¡Nadie se ha de librar de mi amor! ¡Y yo no pregunto la opinión de los hombres! ¡Fuerza, tú, mi fiel ayudante, levántate! He aquí las almas que no pueden negarse: ¡golpéalas!»

“Me habéis de seguir todos, temblando y gimiendo: ‘Rabí, ¡no quiero!’; pero como un águila tengo en mis garras vuestros cráneos.

“Os traigo la paz, pero sus albísimos pies están sumidos en sangre hasta las tibias. Os traigo amor, pero para que os lo ciñáis a modo de espada.

«‘¡Señor!’, gritará desescamándose la carne, ‘¡tengo sed!’; y yo hundiré una brasa encendida en vuestros labios. ‘¡Tengo hambre!’ , y yo mandaré piedras como panes redondos que humeen al ardor del sol.

‘¡Si yo pudiera dormir con una mujer!’ , ¡y yo pondré una negra víbora en vuestro lecho!»³⁰.

30 *Cristo*, p. 58.

A cada discípulo le entrega Jesús una tarea que supera sus fuerzas. Juan, anciano y enfermo, tendrá que escribir. También Mateo, humilde e iletrado. Y en los destinos de casi todos está señalado el martirio. Pero la más terrible de las misiones y la más valiosa es la de Judas, quien se encuentra entre sus compañeros en el lugar en que Jesús, resucitado, los visita. Sin su traición no habría redención. Tenía que haber una traición para que Cristo muriera por los hombres y éstos se salvaran. Jesús dirige a Judas emocionadas palabras para valorar su sacrificio, el mayor de todos:

«Apóstol mío, a ti te esperaba toda la noche, lamentándome en el Monte de los Olivos. Mis más fieles compañeros, vencidos por el sueño, me traicionaron. Sólo tú pensabas en mí en la oscuridad y, en vigilia, trabajabas junto a mí, sin saberlo, y luchabas - ¡y luchábamos también los dos por salvar al mundo!»³¹.

Cristo llega hasta a pedir perdón a Judas por haberle asignado la más dura misión: «Perdóname, Judas. Yo coloqué en tus hombros la más pesada cruz, que ni yo, hermano mío, la hubiera querido, la hubiera podido levantar». Y ante el ruego de Judas de que en adelante se le asigne otra tarea, grande, hermosa, Jesús, con tristeza, no puede acceder. Sólo puede reiterar la imposición de la más pesada carga: «Impongo, Judas, mis manos sobre tu amplia frente. Con cuanta paciencia y fortaleza puedas ármate, Apóstol desdichado. ¡Traidor! te gritarán las almas por los siglos...» Y al final, Judas llega a aceptar y comprender: «Que sea bendecida tu mano que me entrega un combate tan sangriento, Cristo mío. Sí. Ahora siento que me amas y que me llamas. Estoy listo. Beso tus manos»³².

No es extraño que el hondo sentido de justicia que poseía Kazantzakis planteara aquí la terrible cuestión del destino de Judas, que también aparecerá, mucho más tarde, en *La última tentación*. En *Cristo de nuevo crucificado*, en cambio, quien debe asumir el papel de Judas -que se le impone como una especie de injusta maldición- llega a odiar a Manolios-Jesús. Panayótaros asume su papel a la fuerza, protestando, pero después lo cumple con brutal odiosidad. Con todo, Kazantzakis tiene cierta compasión para su triste destino.

Cada discípulo puede ver el camino que seguirá en la prédica de la Buena Nueva y el fin que le está reservado. Los personajes de esta visión entrevén, a su vez, en visiones, lo que será el combate de cada uno. Cristo hace descender sobre ellos la fuerza para asumir sus tareas. Cuando Jesús desaparezca, elevándose a los cielos, todos los discípulos se habrán transformado y habrán aceptado sus misiones.

Los fieles, espectadores de toda esta escena, permanecen sobrecogidos al término de la visión e impresionados por la última predicción que hace Cristo a los discípulos, antes de ascender al cielo: el Espíritu Consolador, el Paráclito, ha de

31 Ibid., p. 82.

32 Ibid., p. 83 y 84.

conducirlos finalmente a la muerte, pórtico de la verdadera vida. Los fieles, en profundo silencio, se retiran a sus casas y quehaceres. Con la luz y con el fuego se han abierto las primeras puertas del misterio. Después, la muerte, llavera, debe abrirles el último pórtico.

El personaje de este drama es un *Christus redivivus*, como lo anotábamos antes; un Jesús redivivo en la época bizantina, en el interior de una iglesia, en un año cualquiera, en una noche de vigilia de Resurrección. Lo curioso es que Cristo revive para los fieles de los años medievales, que lo ven actuar y lo oyen hablar dentro de una visión. Pero en el interior de la visión, la acción se sitúa en el tiempo histórico de Jesús y sus discípulos.

El Canto a Cristo

En la década del '30, Kazantzakis escribió 21 poemas en endecasílabos, en la estrofa de Dante, la tercina. Precisamente en esa época, el escritor trabajó sus dos versiones métricas de la *Divina Comedia*. La tercina le llegó a ser muy familiar y muy querida, al extremo que uno de estos poemas es un himno a esa forma estrófica.

Estos poemas fueron escritos entre noviembre de 1932 y julio de 1937, en los intervalos que dejaba al autor su intenso trabajo en la *Odisea*, cuya última versión terminó en este último año, iniciándose luego el trabajo de impresión que culminaría en 1938. Kazantzakis no llegó a publicar estos «cantos» en vida, pero los dejó coleccionados, ordenados, con un breve prólogo y el siguiente epígrafe: «Estos versos están dedicados a las dos más elevadas palabras que ha creado hasta ahora el orgullo y la altivez del hombre: desesperado, nada». Las dos últimas palabras están en español en el original. Incluyó al «Canto al Greco» en su última obra, *Carta al Greco*, la que no alcanzó a revisar ni a publicar.

Los personajes cantados en estos poemas son los «guías» o «conductores del espíritu humano». Y entre ellos están: Dante, el Greco, Gengis Kan, Santa Teresa de Avila, Lenin, Don Quijote, Mahoma, Nietzsche, Buda, Moisés, Shakespeare, Leonardo, Alejandro Magno, Cristo³³. Enumeramos siguiendo la cronología de la escritura de estos himnos a personajes tan diversos. Acaso ello muestra la multiplicidad y complejidad de las inquietudes filosóficas y existenciales del poeta.

33 La primera edición de las *Tercinas* apareció en Atenas en 1960, preparada por Heleni Kazantzaki y E. J. Kásdaglis. El escritor había intercalado el texto del poema al Greco en *Carta al Greco*, que también se publicó en forma póstuma.

El *Canto a Cristo* fue escrito a comienzos de 1937 y es el penúltimo de la serie³⁴. En 166 versos, Kazantzakis condensa una concepción profundamente humana de Jesús, que ya está presente en cierto modo en el drama homónimo de 1921. En este poema nos encontramos con un Cristo hombre, cercano a los demás hombres, en contraposición a un Padre lejano, severo, inflexible castigador del pecado con un castigo eterno.

Nos trasladamos con el poeta a la cálida tierra de Judea, sobre la cual está cayendo la oscuridad. Este es el marco en que el cantor nos presenta a Jesús.

“Como el dulce pecado descendió
lenta a la tierra la ligera noche
y se elevó del crepúsculo el canto.
Dos rosas en jardines elevados
tremularon y el aire perfumóse.
Quedamente la rueda celestial
con sus clavos de plata innumerables
por la divina mano fue movida:
estremecióse el universo subyugado
y el primer astro apareció risueño.
Y está sentado Cristo ante la fuente
del desierto, cabizbajo y pensativo...”

Junto al brocal de la fuente, Jesús medita melancólico acerca del destino de la mujer con quien ha hablado hace poco y que le contó su vida licenciosa y aludió a sus varios maridos, mientras Él evitaba mirar sus exuberantes senos y sus labios incitantes. Piensa con tristeza que si esa mujer sigue por el camino que lleva, se perderá sin duda. Y no quisiera Él que nadie pueda ser privado del Paraíso. Quisiera que todos los seres y todos los anhelos y deseos fueran reconciliados; que hasta las fieras más despreciadas, temidas y aborrecidas pudieran entrar al lugar del amor infinito.

El mismo quisiera tener la posibilidad de sumirse en la dulzura de la tierra sin pecar. Por eso suplica:

34 En castellano, según nuestras noticias, sólo se han publicado el canto al *Greco*, dentro del texto de *Carta al Greco*, Ed. Carlos Lohlé, 1963, Buenos Aires, reeditado en España a partir de 1968 por Planeta; y el canto a *Dante*, en 1967, en Santiago, *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 78-79, y en 1978 en Los Teques, Venezuela, *Revista Sigma*, N° 2. En este volumen de BNH, publicamos nuestras traducciones de los poemas *Cristo*, *Santa Teresa*, *Nietzsche* y *Don Quijote*. Republicamos *Dante*, revisado.

“¡Pronuncia, Padre, el Sí, y la tierra toda
santa que sea: buena, mala, dulce, amarga!”

Ruega al Padre que el cielo se abra para todos: buenos y malos, fuertes y débiles, hombres y animales; para todas las fieras, hasta para el chacal y el buitre:

“‘Padre, Dios mío’, clama conturbado,
‘manifiéstate al mundo bueno y suave...
Tampoco olvides al chacal, mi Dios,
en tus patios magníficos acéptalos,
y entren lobos, leones y raposas,
y de la creación todas las fieras.
Que los ángeles bailen con los simios
y se llenen las barbas nuevamente
de los ascetas con azules mariposas”’.

Hasta llega Jesús a esbozar la idea de que acaso el Paraíso sea la misma tierra que el Padre creó. Pero avanza la idea con temor de estar blasfemando:

“Perdóname, Dios mío, la blasfemia;
mas por doquier hasta mi pecho suben
los deseos, las fieras, los perfumes,
y se trocan en cielo mis entrañas.
Permite, Padre, diga mi palabra:
¿No será aquí la tierra el Paraíso?”

Pero los designios del Padre son inmutables y sus juicios inflexibles. Y así, al final, aunque con tristeza, Jesús se resigna y se somete a la voluntad superior. Y lo dejamos allí, sentado junto a la fuente, con la cabeza baja, sumido en melancolía.

Hay en este poema transfiguración ficcional del personaje Jesús, que nos es presentado por breves momentos, mientras dirige una súplica a su Padre. En sus palabras, en sus pensamientos, Cristo expresa ideas presentes no en los *Evangelios*, sino presentes con insistencia en Kazantzakis: la de la bondad intrínseca de toda la creación y de todos sus seres y la del perdón total, que es consecuencia ineludible del amor. La condenación eterna no es concebible dentro de la ley del amor.

En *El pobrecillo de Asís*, hallamos estas ideas en diversas ocasiones. San Francisco se emociona al «saludar» a unos bueyes que pasan y comenta a su compañero, el hermano León: «¡Qué nobleza! Ellos son colaboradores de Dios y grandes combatientes'. Se acercó, acarició los anchos flancos y los bueyes se volvieron para mirarlo con expresión humana. -'Si yo fuera Dios, me dijo riendo, permitiría a los bueyes entrar en el Paraíso con los santos. ¿Puedes imaginarte un Paraíso sin asnos, sin bueyes y sin pájaros? ¡Los ángeles y los santos no bastan!'»³⁵. Y el obispo de Asís espera que el mismo Demonio pueda entrar al Paraíso, arrepentido ya: «En ese instante, el obispo de Asís atravesaba la plaza. Era un anciano venerable, bueno, ameno. Cuando pensaba en el Infierno, temblaba. Suplicaba a Satanás que se arrepintiera, que cesara toda resistencia, y, tranquila y humildemente, entrara en el Paraíso»³⁶.

La Odisea

Obra extensísima - 33.333 versos decaheptasílabos -, poliédrica, compleja, difícil, recorrida por el epicismo singular de la angustia del hombre contemporáneo que busca un camino en el caos y bañada en ocasiones por oasis de lirismo, en que se reflejan alegrías y tristezas de la gente del pueblo. Barroca en sus dimensiones desproporcionadas y en la abigarrada acumulación de elementos de distinta procedencia, su arquitectura y su fuego interior recuerdan a la *Divina Comedia*, y la serenidad de algunos momentos de contemplación del drama humano traen a la mente a Homero. Es la obra más discutida de la literatura neogriega y, a la vez, más allá de opiniones sobre su fondo, constituye un extraordinario monumento que recoge el tesoro de la lengua neohelénica y sus dialectos, sus compuestos riquísimos; expresiones, motivos, versos, fragmentos y hasta baladas casi completas de la poesía popular griega; y elementos de la mitología y la cultura populares neohelénicas. Tal es la *Odisea*, a la que Aziz Izzet llama «poema de todas las esperanzas y de todas las desesperanzas», y que Alain Decaux denomina «himno a la grandeza humana, a la frágil grandeza humana». Su aparición, dice Kimon Friar, «causó en los círculos griegos discusiones tan vivas como las que produjo en los círculos ingleses la publicación de otra epopeya de dimensiones y de disposición semejantes, el *Ulises* de Joyce. Las dos obras se refieren al hombre contemporáneo que busca su ser. Y en las dos, los autores utilizan el esqueleto de

35 *El pobre de Asís*, Trad. E. Pezzoni, Ed. Sur, 1959, Buenos Aires, p. 43.

36 *Ibid.*, p. 60.

la *Odisea* homérica, aunque de un modo sorprendentemente distinto»³⁷. Se la ha estudiado y admirado más desde fuera de Grecia. Standford, Eliot, Auden, Collin Wilson, Karl Kerényi, André Mirambel, Robert Levesque, Helmut von den Steinen, Jacqueline Moatti, son algunos de los escritores y estudiosos que han destacado el valor del poema, esbozando determinadas líneas de su riqueza. El año 1922, cuando se publicó el *Ulises* de Joyce, hacía ya ocho años desde que Kazantzakis, durante una estada como peregrino en el Monte Athos, había concebido la idea de narrar el segundo viaje de Ulises, señalado por Dante como causa de la condenación del héroe. En 1924 publicó una rapsodia y tres años después terminó la primera redacción completa. Debían pasar aún once años y escribiría todavía cinco versiones más para que el poema se publicara, finalmente, en 1938³⁸.

La narración se desprende del verso 473 de la rapsodia XXII de la *Odisea* homérica. Después de matar a los pretendientes y de narrar sus peripecias y las pruebas a que fue sometido durante diez años de peregrinaje, Ulises, sintiéndose ahora prisionero en la patria y el hogar a los que tanto anheló volver, decide partir en un viaje sin retorno. Su afán de conocimientos y experiencias devendrá en la búsqueda de Dios, al que no encontrará.

Esparta, Creta, Egipto, las diversas latitudes del continente africano y, por último, el mar y los hielos antárticos, son las estaciones de una peregrinación a través de la cual Odiseo cumple varias misiones y encuentra a diversos personajes representativos de tipos humanos a los que interroga en su búsqueda de un camino que dé sentido a la existencia humana. Aventurero, revolucionario, constructor de una ciudad ideal, asceta al fin, después de haber conocido a hombres que representan al revolucionario, al hedonista, al hombre primitivo, a Don Quijote, a Hamlet, construye en la costa del sur africano la barca que lo llevará en soledad total a la muerte entre los hielos antárticos. Es en aquellas playas, en ese último parador de su largo peregrinaje, cuando va ya a emprender la travesía hacia un tercer continente, donde aparece ante Ulises la figura de Jesús.

Aquí, en la vigésima primera rapsodia de la *Odisea*, podríamos decir que estamos ante un *Christus redivivus*, con la especial circunstancia de que Jesús pertenece a la raza negra. Mientras Odiseo construye su barca, llega hasta él un joven pescador negro que predica una doctrina enteramente nueva. El viejo marino vagabundo, que ha conocido tantos caminos de búsqueda espiritual, tantos tipos

37 Kimon Friar, «La *Odisea* de Nikos Kazantzakis», rev. *Kenuria Epojí*, otoño 1958 (Atenas).

38 En español pueden verse sobre esta obra nuestros trabajos «Introducción» a la *Odisea* de Nikos Kazantzakis, en el vol. IV de *Obras Selectas*, Ed. Planeta, 1975, Barcelona; «Algunas notas sobre la *Odisea* de Nikos Kazantzakis», *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, N° 5, 1971 (Santiago); «El tiempo, la muerte y la palabra en la *Odisea* de Kazantzakis», en *Byzantion Nea Hellás*, N° 3-4, 1975 (Santiago); y «La muerte en la poesía popular neogriega y en la *Odisea* de Kazantzakis», rev. *Atenea*, N° 472, 1995 (Concepción).

humanos con quienes medir su concepción del hombre y de la vida, se conmueve ante las enseñanzas de este pobre pescador, a quien el poeta caracteriza como un joven virginal y esbelto, con altivos ojos de ciervo, manos delicadas y voz suave y dulce. Su inaudita enseñanza es simple: amar a los hombres como el Padre celestial nos ama.

¿En qué época revive Cristo dentro de esta obra? No resulta sencillo determinar el tiempo en que se encuentran Odiseo y Jesús. Si bien Ulises emprende su nuevo viaje en «su época», es decir, en el tiempo de la Odisea homérica, su peregrinar parece tan largo, la serie de acciones que realiza y experiencias que vive parece tan dilatada, que la noción del transcurso del tiempo llega a perderse. Además, cambian poco a poco las características del mismo Odiseo, en quien podemos ver al final rasgos de hombre contemporáneo. El encuentro con Jesús podría situarse antes de la época de Cristo, por lo cual este personaje estaría reviviendo antes de haber existido históricamente. Pero si pensamos que Odiseo se ha encontrado antes con hombres que representan a Don Quijote y a Hamlet, también podríamos concluir que Cristo revive después de su época, posiblemente en un tiempo muy cercano al nuestro.

Hay un clima de melancolía en toda la escena en que el joven predicador y el viejo peregrino conversan, entre los versos 1115 y 1370 de la rapsodia XXI. Odiseo parece oír con emoción y con cierta ternura las palabras de Jesús, aunque éstas no logran convencerlo. Insistentemente califica de buenas, de hermosas y de jóvenes las palabras del joven negro; de bueno su canto; de dulce y suave su voz; de delicados y grandes sus ojos. El aspecto del pescador trasunta serenidad y una dicha profunda. Entre los calificativos que le da Ulises están los siguientes: «el que-encamina-al-cielo», «el dueño-del-barco», «el inspirado-por-Dios», «el de-los-grandes-ojos», «el de-los-ojos-delicados-como-de-corza», «el heraldo-del-amor».

Sorprendido parece el asceta Odiseo ante la enseñanza de Jesús. Lo escucha decir palabras que siente como buenas y dulces, pero que no responden a lo que viene buscando a través de su caminar por el mundo:

“Bendita sea la gracia de Dios, el Padre inmortal.

Él con su amor la mar creó y los peces;

Él nuestras redes ha colmado y nuestros corazones se alegraron.

Hermanos, las manos levantad y clamad: ¡Padre!”³⁹

Para el joven pescador, la verdadera vida no está aquí sobre la tierra que por tantos años ha recorrido Ulises:

39 *Odisea*, XXI, v. 1132-1135.

“El cielo azul es nuestro hogar y la tierra es el sendero.”

Y para él, el cuerpo es sólo un medio, un instrumento del que se sirve el alma para alcanzar un fin que no es terreno:

“Puente sobre el abismo nuestro cuerpo para que cruce el alma.”

Al final de su larga vida y su incansable marcha a través de mares y continentes, Odiseo ha llegado a cerciorarse de la nada del mundo, de la vanidad de todo lo visible. Él ha luchado por el combate en sí. No por recompensa alguna ni por esperanza de ella. Cree haber alcanzado la suprema libertad: no esperar nada. (*No espero nada*: son las palabras grabadas sobre la tumba del poeta.) El pescador negro afirma que todo es efímero y vano, pero sólo por oposición a la realidad permanente y eterna de su Padre, Dios:

“Cuerpo y espíritu, mares y continentes, todo es humo y todo es /aire.

Solamente este uno postrero es el que vive y reina;

ése es Dios, el Espíritu, que, como un ovo sagrado, al mundo /vivifica⁴⁰.

Para la lucha solitaria de Odiseo, también tiene Jesús otro modelo. El peregrino ha alcanzado la soledad total; va como asceta, caminando en soledad hacia la muerte. Pero Cristo le pregunta:

“¿Cómo puede uno solo salvar en la tierra su alma,
si juntas no se salvan las almas todas?

Un niño en el mundo sin pan y nosotros de hambre perecemos;

un hombre alza la mano para un crimen perpetrar

y todos alzamos nuestras manos y todos somos asesinos;

una sola raíz todos criamos y en un alma sola florecemos⁴¹.

No podemos traer aquí todo el contrapunto entre el joven Jesús y el viejo Ulises. Al igual que los encuentros que a través de su camino ha tenido Odiseo con otros personajes, éste no dura mucho.

40 Ibid., v. 1301-3.

41 Ibid., v. 1269-1274.

“La mente liberada, el duro corazón, el cuerpo sin esperanza,
el arquero-de-la-muerte estremeci6se y tiende la mano al joven:
‘Hermosas y bendecidas las postreras horas que en este mundo /paso;
bueno tambi6n tu canto, hermano, y refresc6 mi esp6ritu;
pero no deseo detenerme por escuchar trinares.
Buena brisa otra vez levant6se: es la brisa de la separaci6n.
Propicio te sea el tiempo; retomemos cada uno nuestra senda;
hermosas tus palabras sobre el amor, pero mi esp6ritu
solitario la tierra pisa virilmente y b6lsamos no quiere’ »⁴².

E insiste el asceta peregrino en su vocaci6n de soledad, saludando as6
a su esp6ritu:

“¡Me gustas, cirio desierto, que ardes y a nadie iluminas!”

Melancol6a destilan las expresiones de despedida de los dos personajes.
Despu6s de repetir Odiseo «la magna palabra» de la *Asc6tica*: «Libertad quiere
decir sin esperanzas luchar sobre la tierra»⁴³, da la mano al joven pescador y le
entrega su adi6s:

«Tú amas el alma del humano, esa loca avecilla
que en la rama de la carne se pos6 y levanta sus alas
hacia lo alto del cielo y trata de remontarse;
pero yo amo su carne, su entendimiento, sus dientes y su aliento
y el suelo cenagoso por donde paso y el sudor que derramo;
¡y m6s todav6a el silencio terrible despu6s del feroz combate!
¡Adi6s! Muy bueno fue el encuentro y buena tu joven palabra
y aun m6s buena la separaci6n que no tiene reencuentro’
Abraz6 el joven al anciano y sus ojos delicados

42 Ibid., v. 1326-1334.

43 *Ascesis Salvatores Dei*, Trad. e introducci6n de Aziz Izzet, en: N. Kazantzakis, *Obras Selectas*, vol. III, 4a. ed., Ed. Planeta, 1975, Barcelona. Ver especialmente n6meros 6 y 7 del «Segundo deber».

como de corza herida lágrimas derramaron en sus mejillas:
'Grande es Dios y clemente y hasta la hora postrera
puede salvar al alma que no quiere salvación'.
Dijo, y lentamente y cabizbajo por la arena infinita se alejó"⁴⁴.

Cristo de nuevo crucificado

Esta novela, acaso la más conocida de Kazantzakis y quizás también la más hermosa, fue escrita en 1948 y publicada en 1954, cuando ya había sido editada en tres idiomas extranjeros. Conoció muy pronto numerosas ediciones y traducciones. Hasta 1986 había sido vertida a 52 lenguas. De ella hizo Jules Dassin una inolvidable versión cinematográfica, *El que debe morir*, estrenada poco antes de la muerte de Kazantzakis, en 1957, y en la que Melina Mercuri cumplió una genial actuación. El escritor colaboró con Dassin en el proyecto y en su realización, así como también alcanzó a asesorar al compositor checo Bohuslav Martinů para establecer el libreto de la ópera titulada *La Pasión griega*, que sólo vino a estrenarse en 1962.

Theodor Ziolkowski estudia ampliamente esta novela en el libro que hemos mencionado, considerándola como una de las más destacadas obras de transfiguración ficcional de personajes y hechos registrados en la fuente textual de los *Evangelios*. Aunque el *Ulises* de Joyce (1922) atrajo la atención de los estudiosos hacia la técnica de la postfiguración, al presentar el mito uliseano traspuesto al siglo XX y re-desarrollado en la ciudad de Dublín en un día de junio de 1904, tal técnica no era nueva. Y en relación con el tema de la persona de Cristo, se habían dado ya grandes novelas postfigurativas, como *El loco en Cristo Emmanuel Quint* de Gerard Hauptman (1910), y *Nazarín* de Pérez Galdós (1895). Pero el procedimiento postfigurativo adquiere en la obra de Kazantzakis un carácter especial. En primer lugar, el escenario geográfico e histórico de la acción recuerda nítidamente el de los *Evangelios*: un pueblo sometido; un gobernador extranjero; el desorden provocado por la actitud y el mensaje de Cristo, revivido en un pastor de nombre Emmanuel (Manolios es diminutivo de Manuel); la petición de parte de ese pueblo subyugado que, iracundo, solicita a la autoridad extranjera que condene a muerte a Jesús; el sacrificio de éste por los demás hombres, sacrificio asumido con total conciencia de tomar sobre sí las faltas de los otros. En lo geográfico, tenemos también la similitud del paisaje del Asia Menor con el de la Tierra Santa.

44 *Odisea*, XXI, v. 1358-1370.

En una de sus pocas actuaciones en la vida pública, en 1919, Kazantzakis dirigió una operación para repatriar a Grecia a 150 mil griegos que se hallaban en una muy crítica situación en el Cáucaso⁴⁵. Allí conoció directamente el drama de los desplazamientos masivos de población y de los desarraigos definitivos. El año anterior, durante la última guerra greco-turca, alrededor de medio millón de griegos había muerto y más de un millón y medio debió perder para siempre sus milenarios hogares en el Asia Menor, Capadocia y las riberas del Mar Negro, el Ponto. Innumerables ciudades y aldeas supieron del horror de lo que ahora se ha venido a llamar «limpieza étnica». Los sobrevivientes vivieron el dolor del exilio definitivo. Sus tierras, pueblos y ciudades ancestrales pasaron a ser «patrias desaparecidas».

Veinticinco años después, Kazantzakis tomó el trágico marco de la llamada «Catástrofe del Asia Menor» como escenario de su novela. En Licovrisí, un pueblo cuya población no se unió al ejército expedicionario griego y que, por lo tanto, no ha sufrido represalias turcas y vive tranquilo y próspero, el Consejo de Notables que administra la autonomía relativa de las nacionalidades sometidas al Imperio Otomano, elige a los aldeanos que han de actuar en la representación de la Pasión de Cristo al año siguiente. Este misterio se escenifica solemnemente cada siete años. La designación se hace un día de Resurrección y el sacerdote, el pope Grígoris, destaca el simbolismo de la fecha: los designados para los papeles de Jesús y de sus discípulos más cercanos deben nacer a una vida nueva y prepararse espiritualmente durante un año. Veremos enseguida que el simbolismo adquirirá una dimensión mucho mayor. Manolios, el Cristo de la representación, y los principales discípulos se verán enfrentados no a mejorar un poco sus vidas como individuos, sino a cambiarlas radicalmente.

Esa misma tarde de Resurrección, Manolios y los discípulos más fieles, Juan, Pedro y Santiago, inquietos por la responsabilidad asumida, conversan junto al lago de Licovrisí y se preguntan cómo estudiarán el Evangelio y cómo harán para cumplir las exhortaciones del pope Grígoris de que cambien sus vidas, y de ser dignos del honor de representar a Cristo y su Pasión. Hablan un poco, pero después, mientras empieza a venir la noche, callan, meditando acerca de cómo ellos, simples pastores y aldeanos ignorantes, se enfrentarán a la tarea. Entonces les hablará Jesús. ¿Cómo? Así sobrevienen los hechos que serán como la palabra divina.

«Permanecieron así largo rato sin hablar, mirando en silencio caer la noche. El lucero vespertino centelleaba en el horizonte. En las orillas del lago, las ranas comenzaron a croar a cual mejor. A la izquierda se elevaba, ya bañada en sombras,

45 A comienzos de mayo de ese año, Kazantzakis fue nombrado Director del Ministerio de Socorro Público, creado por el Gobierno de Venizelos, con la misión inmediata de encargarse de la repatriación de los griegos del Cáucaso. Uno de sus colaboradores fue Jorge Zorbas.

la Montaña de la Virgen, bien cultivada, reverdeciente, donde Manolios tenía su aprisco y donde pastoreaba los corderos de su patrón. A la derecha, el monte silvestre, Sarakina, se tornaba de violeta a azul oscuro, y las numerosas grutas cavadas en sus laderas se abrían negras como bocas de lobo. Pese a ello, en la cima, encalada recientemente y apuntalada por enormes rocas, brillaba la capilla del Profeta Elías, toda blanca y minúscula como un huevo (...).

«-Se hace de noche -dijo Michelis-, volvamos.

«Mas Yanakós que iba adelante se detuvo bruscamente; se llevó las manos a la oreja y escuchó: un ruido de pasos como el de una muchedumbre en marcha, un murmullo lejano, pero nutrido, semejante al zumbido de un enjambre; de vez en cuando una voz profunda y potente parecía dar órdenes.

«-¡Mirad vosotros, mirad! -exclamó Yanakos-. ¿Qué es ese hormiguero que desemboca en la llanura? Parece una procesión.

«Abrieron desmesuradamente los ojos para distinguir algo en la semioscuridad y aguzaron el oído.

«Un largo cortejo de hombres y mujeres se desplegaba entre los trigales y a través de los viñedos. Parecía que corrían; sin duda vieron el pueblo y aprietan el paso.

«-¡Escuchad! -exclamó Michelis-, se diría que entonan salmos.

«-Más bien parece que lloran -replicó Manolios-; yo oigo sollozos.

«-No, no; son salmos; contened la respiración para oír mejor.

«Inmóviles, aguzaron más el oído. En medio del calma anochecer, resonó entonces claro, triunfal, el antiguo cántico bizantino: ¡Señor, Señor, salva a tu pueblo...!

«-¡Son cristianos, hermanos nuestros! -exclamó Manolios-. ¡Vamos a darles la bienvenida!

«Los cuatro echaron a correr. La cabeza del cortejo había ya llegado a las primeras casas del pueblo. Los perros se lanzaban al camino, ladrando como locos; se abrían las puertas; las mujeres salían al umbral; los hombres acudían con la boca llena aún. Era la hora en que la gente de Licovrisí cena, sentados todos con las piernas cruzadas, alrededor de la mesa baja. Al oír los salmos, los llantos y el rumor de los pasos, se habían levantado de un salto. Los tres apóstoles y Manolios llegaron a su vez.

«Los últimos rayos del crepúsculo iluminaban todavía las casas de las callejuelas del pueblo. El cortejo se iba acercando. Se distinguía netamente a la cabeza un pope de rostro curtido, flaco, de ojos negros llameantes bajo un matorral de cejas y de barba rala puntiaguda totalmente gris. Estrechaba en sus brazos un gran Evangelio de pesada cubierta de plata cincelada y llevaba estola. A su derecha,

un gigante de bigotes negros y caídos sostenía en alto el estandarte de la iglesia, un San Jorge bordado en oro. Detrás de ellos, cinco o seis viejos demacrados llevaban muy derechos grandes íconos. Después seguía el tropel de mujeres y hombres, acompañados por los niños que gritaban y lloraban. Los hombres iban cargados con líos de ropa y utensilios: palas, layas, picos, hoces; las mujeres, con cunas, cacharos y cubetas.

«-Cristianos, ¿quiénes sois, de dónde venís y adónde vais?- gritó Yanakos, inclinándose ante el pope en el momento en que el tropel se esparcía por la plaza del pueblo.

«-¿Dónde está el pope Grígoris? -replicó el anciano con voz ronca-; ¿dónde están los notables?

«Y volviéndose hacia los vecinos que habían acudido, sorprendidos e inquietos, les dijo:

«-Somos cristianos, hermanos míos; no temáis nada; somos cristianos griegos perseguidos. Llamad a los jefes del pueblo; tengo que hablarles... ¡Haced que repiquen las campanas!

«Agotadas, las mujeres se tiraron al suelo; los hombres descargaron los bultos, enjugaron el sudor de los rostros y miraron al pope sin decir palabra»⁴⁶.

Frente a ese pueblo errante, hambriento, al que los turcos han expulsado de sus tierras, Manolios y sus compañeros sienten que deben asumir sus papeles y actuar según el Evangelio que por esos días estudian. Los ricos de Licovrisí reaccionan en forma contraria ante ese grupo de griegos en desgracia que vienen a trastornar las cosas. El conflicto se agudiza y llega al punto de una confrontación violenta, cuando Michelis - el San Juan de la representación - dona al pueblo errante la tierra y los bienes que ha heredado. Los notables, encabezados por el pope, declaran insano al joven y excomulgan a Manolios. Cuando los aldeanos hambrientos vienen a tomar posesión de los terrenos que les permitirían sobrevivir, el choque es sangriento. Después, Manolios, en un jardín, se deja apresar por Panayotaros, el Judas de la representación, y es entregado al agá, el gobernador turco, ante quien lo acusan de sublevarse contra el Imperio Otomano y de ser un incendiario bolchevique. El agá no encuentra culpa en él y dice que se lava las manos; pero al fin lo entrega a los griegos, a los infieles, a los despreciados *raias*, para que ellos le den muerte. En la iglesia del pueblo, tendido en el suelo, con los brazos abiertos en cruz, Manolios es masacrado. El pueblo errante debe partir de nuevo en un éxodo sin esperanzas, pues el agá, a insistencia de los notables, ha pedido que fuerzas militares vengán a sofocar una revuelta bolchevique. Es la noche de Navidad y los hambrientos aldeanos velan el cadáver antes de darlo a la tierra y retomar su caminar sin destino.

46 *Cristo de nuevo crucificado*, Trad. J. L. de Izquierdo, Ed. Lohlé, 1954, Buenos Aires, p. 32-33.

Hay un doble paralelismo entre la acción de la novela y el relato evangélico. Uno formal y externo y otro de fondo, real. Quienes fueron elegidos en su aldea para representar los personajes evangélicos ven surgir repentinamente en sus vidas el dilema de asumir o no sus papeles. Manolios, el pobre pastor escogido para desempeñar el papel de Jesús, no sólo lo asume él, sino que arrastra a sus compañeros a vivir lo que hasta entonces han sido las bellas palabras evangélicas. Esta decisión acarrea el conflicto, que se hará cada día más violento. Manolios y los «discípulos» toman el partido del pueblo griego desterrado, perseguido y hambreado, que busca alguna tierra «donde echar raíces». Los dirigentes de la aldea toman la posición contraria.

Si bien el título («Cristo es nuevamente crucificado») es su traducción literal) y el hecho de que la acción se abra con la preparación para una representación de la Pasión de Cristo, señalan claramente la prefiguración, ésta resulta de una naturalidad sorprendente. Podemos o no imaginar a los fariseos y sacerdotes que buscan la perdición de Jesús, cuando conocemos las acciones del pope Grígoris, el arconte Patriarqueas y demás dirigentes de Licovrisí; o recordar o no a Poncio Pilatos cuando seguimos al agá, el gobernador turco, quien, con todo su primitivismo y brutalidad, no puede hallar delito en Manolios y termina por entregarlo a sus compatriotas, accediendo a las presiones de éstos, que exigen la muerte del «rebelde». El paralelismo existe en diversos aspectos, aun cuando en lo temporal la historia se desarrolle de manera «invertida», si así pudiéramos decir: el drama comienza el día de Resurrección y termina el día de Navidad.

Acaso también podría estudiarse el paralelismo de la obra con los *Evangelios*, partiendo del análisis que hace Philippides⁴⁷ de las oposiciones binarias semióticas y narrativas en la novela. Este estudioso examina una serie de oposiciones que pueden establecerse desde la misma lectura del título, de donde surge la oposición vida/muerte. Ya en la primera escena aparecen las de cristianismo/islamismo y de libertad/servidumbre (conversación del agá con el capitán Fortuna); luego la de pureza/impureza de alma (discurso del pope Grígoris sobre la representación de la Pasión); las de obras/palabras y realidad/apariencia (palabras y pensamientos de los futuros actores). Y siguen surgiendo oposiciones: aldeanos establecidos/aldeanos fugitivos, hombres satisfechos y prósperos/hombres hambrientos e indigentes, riqueza/pobreza, caridad/egoísmo. El tema es amplio e interesante. Aquí anotamos sólo la posibilidad de relacionar el sistema de oposiciones que se detecta en *Cristo de nuevo crucificado* con aquél que puede hallarse en el fondo del relato evangélico.

47 Philippides, S. N., "Semiotic and narrative binary oppositions in Kazantzakis' novels", *Mandatoforos*, N° 39-40, 1995, Universidad de Creta (Atenas), pp. 112 y s.

Al margen del reconocimiento de personajes, hechos y acciones conocidas por los *Evangelios*, nos vemos impactados, sobrecogidos, por el drama que se desarrolla ante nuestros ojos. La llegada del pueblo griego desterrado y hambreado (su falta ha sido la de sublevarse contra el dominador extranjero) trastorna la vida pacífica y feliz del pueblo de Licovrisí (que no ha incurrido en el delito de rebelión) y cambia radicalmente la existencia de los actores recién designados. El camino de Manolios, que quiere identificarse con el actuar de Jesús, terminará en el sacrificio, en la Cruz, al igual que la senda de su modelo.

En relación con el estudio de Ziolkowski, muy valioso y lúcido en varios aspectos, pensamos que hay en su análisis de esta obra un error básico. En efecto, no existe antecedente alguno que permita estimar que Kazantzakis considera paranoico a su personaje⁴⁸. Por el contrario, para el escritor Manolios es el más consecuente de todos los sus personajes. Al plantearse el conflicto entre el pueblo que tiene hambre y pide pan y un pedazo de tierra para trabajar y sobrevivir y su pueblo, satisfecho y hartado, que niega auxilio al hermano en desgracia, Manolios ve claro cuál sería el camino de Jesús y decide seguirlo. Lo hace con plena lucidez. La fortaleza espiritual que le da tal decisión ya no lo abandonará. Para Kazantzakis, Manolios, como Francisco de Asís, como Teresa de Avila, como Albert Schweitzer, es un santo y en modo alguno un loco.

Al final de la novela, las palabras del pastor del pueblo errante, el pope Fotis, ante el cadáver de Manolios, parecen resumir el pensamiento de Kazantzakis frente a la misión de Jesús: «Querido Manolios, es posible que hayas dado tu vida en vano. Te han matado por haber tomado sobre ti todos nuestros pecados» Oyó la campana que repicaba alegremente, anunciando a medianoche a los fieles el nacimiento del Redentor: «En vano -murmuró -han pasado dos mil años y los hombres te siguen crucificando. ¿Cuándo nacerás, Cristo bendito, sin que seas crucificado, para vivir entre nosotros por toda la eternidad?»⁴⁹.

La última tentación

Esta novela fue publicada en Atenas en 1956. A nuestro juicio, más que todo por incomprensión y desconocimiento de su verdadero fondo, la obra provocó juicios polémicos e incluso condenatorios. Mucho después de la muerte de Kazantzakis, la película de Scorsese *La última tentación de Cristo*, prohibida en Chile por la censura, vino a avivar las polémicas.

48 Th Ziolkowski, *op. cit.*, p. 161.

49 *Cristo de nuevo crucificado*, p. 406.

Ziolkowski incluye esta novela entre las biografías ficcionalizantes y la elogia, expresando que «sin recurrir a evidencias eruditas excepcionales, el autor logra una nueva visión audaz gracias a la originalidad de su concepción»⁵⁰. Para Kazantzakis, su obra estaba lejos de ser uno más entre incontables relatos biográficos de Cristo. Y así nos lo dice en el prólogo: «Este libro no es una biografía; sino una confesión del hombre que combate. Al escribirlo, cumplí un deber de un hombre que ha luchado mucho, que se ha sentido muy atormentado en su vida y que ha esperado mucho»⁵¹. Califica su obra como una «confesión de la angustia y de la gran esperanza de los hombres» y relata lo que fue el proceso de escritura con palabras apasionadas: «Jamás seguí con tanto terror la marcha sangrienta de Cristo hasta el Gólgota. Jamás viví con tanta intensidad, con tanta comprensión y amor, la Vida y la Pasión de Cristo, como durante los días y las noches en que escribí *La última tentación*. Mientras escribía esta confesión de la angustia y de la gran esperanza de los hombres, estaba tan emocionado que mis ojos se arrasaban con lágrimas. Jamás había sentido caer gota a gota la sangre de Cristo en mi corazón con tanta dulzura, con tanto dolor»⁵².

Para el escritor cretense, el origen de las censuras contra su obra estaba en un malentendido: en buscar en su libro lo que está en los *Evangelios*. Su respuesta a las autoridades eclesiásticas fue sencilla. Envío al Vaticano un cable con cinco palabras de Tertuliano: «*Ad tuum, Domine, tribunal appello*», “a tu tribunal apelo, Señor”. A la Iglesia Ortodoxa remitió el mismo mensaje, traducido al griego. Y las expresiones que escribió para terminar su prólogo resumieron lo que, en forma opuesta a la de sus críticos, pensaba de su obra: «Estoy seguro de que todo hombre libre que lea este libro rebosante de amor, amará más que nunca, intensamente, a Cristo»⁵³.

En realidad, *La última tentación* es un libro atormentado, apasionado, pleno de amor y de dolor. En él, Kazantzakis concentró en cierto modo inquietudes espirituales que lo acosaron toda su vida. Lo hizo a través del personaje a quien siempre admiró profundamente; y, como es natural, lo hizo en su estilo, en su prosa ardiente, poblada de hipérbolos, salpicada de paradojas, iluminada por expresiones proféticas. Miró el sacrificio de Jesús como uno de los caminos de liberación para el hombre, acaso el más sublime. Y también el más apasionante, dada la doble naturaleza de Cristo, realidad esta que siempre atrajo al escritor. Precisamente con esta afirmación comienza su prefacio: «La doble sustancia de Cristo siempre fue para mí un misterio profundo e impenetrable”. Y en otro párrafo agrega: “Todo cuanto Cristo tenía de profundamente humano nos ayuda a comprenderlo, a amarlo y a seguir su Pasión como si se tratara de nuestra propia pasión. Si no hubiera en El el calor de

50 Th. Ziolkowski, *op. cit.*, p. 31.

51 *La última tentación*, Trad. R. Bixio, Ed. Sur, 1960, Buenos Aires, p. 9-10.

52 *Ibid.*, p. 8.

53 *Ibid.*, p. 10.

aquel elemento humano, jamás podría conmover nuestro corazón con tanta seguridad y ternura, jamás podría convertirse en un modelo para nuestra vida»⁵⁴.

La idea de la tentación está ligada a esa doble naturaleza. Para Kazantzakis, Cristo habría podido redimir al mundo sin sufrir suplicio y muerte. Pudo haber sido un hombre que hubiera conocido todas las legítimas alegrías de la existencia, creada por el Padre. En su vida, el Maligno quiso tentarlo. Sabemos que en los momentos próximos a su Pasión, por un instante, el peso de los sufrimientos que debía enfrentar pareció aplastar a Jesús. Pero se impuso la decisión de hacer la voluntad del Padre. Kazantzakis añade otra prueba, otra lucha, a las que sufrió el Cristo tan profundamente admirado por él hasta su ascensión al Gólgota. Nos lo dice también en el prefacio el autor: «Pero su combate no se acabó allí. En la Cruz lo esperaba la tentación, la última tentación. Como en un relámpago, el espíritu del Maligno desplegó ante los ojos desfallecientes del Crucificado la visión pérfida de una vida apacible y dichosa»⁵⁵. Esto está en consonancia con la forma en que el escritor cretense ve la vida de Jesús: «Cada instante de la vida de Cristo es una lucha y una victoria. Triunfó del irresistible encanto de las sencillas alegrías humanas; triunfó de la tentación; transformaba incesantemente la carne en espíritu y proseguía su ascensión; llegó a la cima del Gólgota, subió a la Cruz»⁵⁶.

Antes de la llegada de Jesús a la Cruz y a la tentación, Kazantzakis recrea la vida de Cristo desde poco antes de su salida a predicar la buena nueva. Una idea importante es la de que Jesús no sabe claramente quién es Él ni cuál es su misión. Diversos signos y visiones parecen indicarle que su camino no será el de un sencillo hijo de carpintero, que sigue el oficio del padre. Y esa etapa de su vida no es nada fácil. Hay también en eso una lucha, un combate meritorio de Jesús. Durante el tiempo que dura el proceso de esclarecimiento de su destino, Cristo vive los problemas del pueblo judío, quien carga el pesado yugo romano. Sus amigos y conocidos, que después serán llamados sus discípulos, tienen como Él inquietudes no muy definidas, pero relacionadas con la espera y posible venida del Mesías y con los fermentos de rebeldía contra el dominio extranjero. Uno de ellos, Judas, perteneciente a una cofradía de patriotas, espera del Mesías, y luego de Cristo - que parece ser aquél - que encabece la lucha por la libertad nacional. El mensaje de amor de Cristo llegará a serle como una traición a la misión que él cree debe tener el Mesías.

Poco a poco asistimos a algunos de los episodios narrados por los evangelistas. Varios de ellos aparecen transformados según ideas que Kazantzakis expuso

54 Ibid., p. 8.

55 Ibid., p. 9.

56 Ibid., *loc. cit* Este poner el acento en “la lucha trágica de Cristo” por parte del escritor cretense, ha sido especialmente estudiado por Sophie Trividic, *La tragédie du Christ chez Nikos Kazantzaki*, Mémoire de Lettres Modernes, Faculté de Nantes, 1996. Un comentario de este trabajo por Françoise Braoudakis, *Le regard crétois*, N° 14, 1966, p. 51.

insistentemente a través de su vida. Así, por ejemplo, en la narración de la parábola de las vírgenes necias, éstas son también admitidas al banquete nupcial. No sólo se les perdona su imprevisión, sino que el esposo dispone que se las atienda especialmente. Para el Cristo de Kazantzakis, para Jesús como el escritor lo concibe y lo siente, esa actitud del esposo es consecuente con el mandato fundamental que viene a entregar al mundo. Cuando después de haber contado la parábola del sembrador y de haberse identificado con éste, se le pregunta: «¿Cuál es tu semilla?», Jesús responde: «Amaos los unos a los otros». Para Él, tal mandamiento se cumple «perdonando y santificando todo»⁵⁷. Es la idea expuesta también en el *Canto a Cristo*: en verdad nada puede quedar sin perdón; la ley del amor no lo permite.

Otra idea persistente en Kazantzakis -y que asimismo la vemos expresada en el poema *Cristo*- es la de la belleza y bondad del mundo terreno creado por Dios. Cuando ya el Nazareno debe entregarse a sus aprehensores, ahí, en ese instante, «un ruiseñor fue a posarse en un ciprés joven, frente a Jesús. La luna llena, los aromas primaverales y la noche cálida y húmeda, habían embriagado al ave, que se sentía habitada por un Dios todopoderoso, el mismo Dios que había creado el cielo, la tierra y las almas de los hombres. Jesús había alzado la cabeza y escuchaba... Ignoraba que en su ser hubiera tantas riquezas, tantas alegrías... Florecieron sus entrañas mientras el ruiseñor gorjeaba gozosamente en las ramas en flor y no podía, no quería remontar el vuelo. ¿Adónde iba a ir? Esta tierra es el paraíso...»⁵⁸ Y poco antes, en el camino a Getsemaní, la idea se le había presentado otra vez a Cristo. Al contemplar el cielo y la luna y a Jerusalén centelleante, murmura para sí: «Padre que estás en el cielo, Padre que estás en la tierra, el mundo que creaste y que vemos es hermoso, y el mundo que no vemos es hermoso... No sé, perdóname, no sé, Padre, cuál de los dos es más hermoso»⁵⁹.

Pero los hechos siguen su curso y la crucifixión se va a consumir. Habrá, en medio de los horribles sufrimientos del supliciado, un momento de mortal decaimiento, un instante en que sentirá el abandono de su mismo Padre. Pronunciará las palabras «Eli, Eli», “Dios mío, Dios mío”, y le sobrevendrá un desfallecimiento. Éste durará sólo un segundo. Pero en ese instante se desarrollará la tentación: la visión de toda una vida paralela, quieta, tranquila, plena de paz y de legítimas alegrías. Vivirá largos años y tendrá numerosa descendencia. Rodeado de hijo y nietos, pasará una dulce y apacible vejez. Sólo la interrumpirán los fantasmas de sus antiguos discípulos, quienes vendrán a enrostrarle su traición, su deserción, su cobardía, el haber dejado el sacrificio para entregarse a la vida tranquila del hombre corriente.

57 Ibid., p. 165.

58 Ibid., p. 385-386.

59 Ibid., p. 383.

Pero el segundo ya ha pasado. «Sacudió la cabeza y de pronto recordó dónde se encontraba, quién era y por qué sufría. Apoderóse de él una alegría salvaje e indomable. No. ¡No! No era cobarde ni desertor ni traidor. No. Estaba clavado en la Cruz. Había sido leal hasta el fin y había cumplido la palabra empeñada. Durante segundos, cuando había gritado «Eli, Eli» y se había desvanecido, la Tentación se había apoderado de él y lo había extraviado. No eran reales las alegrías, los casamientos ni los hijos. No eran reales quienes lo habían tratado de cobarde, de desertor y de traidor. No habían sido más que visiones suscitadas por el Maligno. Sus discípulos viven y actúan. Han tomado los caminos de la tierra y del mar y anuncian la Buena Nueva. ¡Alabado sea Dios! ¡Todo ocurrió como debía ocurrir! Lanzó un grito triunfal: «¡Todo está consumado!»⁶⁰.

Es posible, quizás, que la descripción de la vida humana que pudo llevar Cristo aparezca en cierto modo demasiado bella en el texto de Kazantzakis y que en determinados momentos la narración pueda verse como una reivindicación de la tentación; pero el hecho final es que ella es vencida. El lenguaje hiperbólico y sembrado de expresiones paradójales del escritor griego puede contribuir a tal apariencia. Los ángeles mismos añoran lo terrenal, dentro de la tentación: «Ya verás que la tierra es buena; que es bueno reír; que es delicioso beber vino, besar los labios de una mujer y ver jugar en tus rodillas a tu primer hijo. ¿Crees que nosotros, los ángeles, no nos asomamos a menudo a la tierra y la miramos desde el cielo, suspirando?» Y cuando, dentro de la tentación, se encuentran Jesús y Magdalena, ella le dice, sentenciando: «Si estás en el séptimo cielo y un caminante te pide un vaso de agua, desciende del séptimo cielo para dárselo. Si eres un santo asceta y una mujer te pide un beso, desciende de tu santidad para dárselo. De lo contrario no puedes salvarte». Pero esto que, a primera vista, podría ser motivo de escándalo, se inscribe en el contexto de la exaltación definitiva del sacrificio de Jesús.

El gusto por las hipóboles y las paradojas no constituye un capricho o un artificio literario. Kazantzakis sentía profundamente la necesidad de la consecuencia entre la creencia y la conducta o entre la idea y la acción. En *El pobrecillo de Asís*, hallamos no pocas afirmaciones del santo que pasmarían a un buen creyente, satisfecho en sus rutinas. Francisco, en su sentido de la pobreza completa, llega a pensar en rechazar el cielo: «Nuestra pobreza es riquísima, porque en el fondo de un cofre oculta al Paraíso. La verdadera pobreza debe tener su cofre completamente, indudablemente vacío, sin Paraíso ni inmortalidad... ¡Dios mío!, dame la fuerza de renunciar un día a la esperanza de verte. Quién sabe, acaso sólo ésa es la pobreza perfecta». Vaciló; lo contuvo: «Hermano Francisco, no hables así. Lo que dices sobrepasa la fuerza humana». Sí; sobrepasa la fuerza humana. Pero eso es lo que Dios exige del hombre. ¿No lo has comprendido todavía?⁶¹.

60 Ibid., p. 440-441.

61 *El pobre de Asís*, p. 121.

Este insistir en la consecuencia, lleva a Kazantzakis a imaginar situaciones que pueden escandalizar. Así, tanto en esta novela como en el drama *Cristo*, Judas aparece jugando un papel fundamental, sin el cual no hubiera habido redención. Por eso, es el discípulo más admirado por Jesús, quien le da la terrible misión de traicionarlo, de entregarlo. Judas se resiste a cumplir tan desdichado papel e insiste: «Maestro, repito mi pregunta: ¿No hay otro camino? - No, hermano Judas. Yo también lo habría deseado... No te rebeles, hermano Judas, pues dentro de tres días resucitaré. - Me lo dices para consolarme, para obligarme a traicionarte sin que mi corazón se desgarré. No; no; a medida que se acerca el instante terrible... me faltan las fuerzas, Maestro. - Tendrás la fuerza necesaria, hermano Judas, porque es necesario que yo sea muerto y que tú me traiciones. Nosotros dos debemos salvar al mundo: ayúdame»⁶².

También se da la hipérbole en la ambientación de la acción. Estudiosos conocedores de la Tierra Santa han expresado que, al leer esta obra, comprueban que el escritor fue un atento observador cuando peregrinó por el país bíblico, en la década de 1920⁶³. Porque emprendió ese viaje para “ver y tocar el cuerpo cálido de Palestina, respirar el aire, hollar el suelo, tocar las piedras que respiró, holló y tocó Cristo”. Pero también Kazantzakis parece orientar sus recursos a dar matices sobrecogedores a la realidad en que se produjo la inmolación de Cristo. En la atormentada Judea, por ejemplo, las sombras no caen lentamente desde la altura, como tan bellamente lo expresara Virgilio en el verso final de su Primera Égloga: *maioresque cadunt altis de montibus umbrae*, “y mayores caen las sombras desde las altas montañas”. No. Allí en la tierra de Israel la luz huye violentamente: «La noche se abatió como una espada. Las colinas no tuvieron tiempo de ponerse rosadas, y la tierra se volvió violeta y enseguida negra. La luz, que había trepado a la copa de los árboles, saltó hacia el cielo y desapareció». El amanecer tampoco llega serenamente en el país de los profetas: «El sol surgió del desierto como un león. Golpeó todas las puertas de Israel; y desde todas las casas judías ascendió la salvaje oración matinal». En la sencilla narración del suplicio de la Cruz, basta una imagen imprevista para hacer vislumbrar todo un ambiente de cósmica consternación: «Llamaron a los gitanos. Cuando éstos levantaron los martillos y se oyó el primer golpe, el sol ocultó su rostro. Al segundo golpe, el cielo se ensombreció y aparecieron las estrellas. No eran estrellas, sino gruesas lágrimas

62 *La última tentación*, p. 375.

63 A este respecto, es muy interesante el estudio de Michel Comte «De Varvari au Sinai, sur les traces de Kazantzaki», rev. *Le regard crétois*, N° 4, 1991 (Ginebra). Comte compara paisajes descritos en *La última tentación* y en *Carta al Greco* con lo que él ve en Tierra Santa. Y todo le hace pensar que «Kazantzakis no había venido aquí a hacer turismo, sino, sobre los pasos de Cristo, a buscar a Dios, esa su permanente búsqueda», p. 42.

que caían gota a gota sobre la tierra...»⁶⁴. La luna cambia su serenidad por tristeza antes de la fiesta de la Pascua que coincidirá con el sacrificio de Jesús: «La luna apareció triste y completamente redonda sobre los montes de Moab. Se detuvo un instante en la cresta de la montaña, indecisa. Miró el mundo y bruscamente se desprendió de la montaña y comenzó a ascender»⁶⁵.

Son diversos los aspectos de la personalidad de Cristo - como el escritor la concibe - que atraen fuertemente a Kazantzakis. Varios de ellos se dan en San Francisco de Asís. Y por esto, las razones que dio a Jørgensen de su amor al «pobrecillo de Dios» pueden valer también en relación con Jesús. El poeta griego ama profundamente a San Francisco: 1) «porque es un poeta que supo oír lo que las criaturas más humildes tienen de inmortal»; 2) «porque su alma, a fuerza de ascesis y de amor había vencido la realidad: el hambre, el frío, la enfermedad, el desprecio, la injusticia, a la fealdad, y había logrado transformarla en un sueño gozoso, tangible, más verdadero que la verdad misma»⁶⁶. «Es de este modo, por este milagro de la alquimia que sometió a la realidad, que liberó al hombre de la fatalidad y transformó toda carne humana en espíritu»⁶⁷.

Amor por los humildes, superación de la pobre realidad, transformación de la carne en espíritu y voluntad para seguir hasta el final el camino elegido. Cuatro rasgos de la personalidad de Jesús. La última también la ve Kazantzakis en Francisco y en su símil contemporáneo, Albert Schweitzer, artista, músico, filósofo, teólogo, pero por sobre todo imitador verdadero de Cristo: «Estos pobres de Asís (San Francisco y Albert Schweitzer)... me probaron que el hombre es capaz y tiene el deber de llegar hasta el fin del camino elegido. Ejemplos sublimes de obstinación, de paciencia y de esperanza»⁶⁸.

Personaje extraordinario y admirable, divino y humano, fue Cristo para Kazantzakis. Como lo sintió y vivió lo presentó en sus obras, obras de un poeta más que un pensador, de un artista más que un filósofo, aunque sin duda «hombre atormentado por las ideas». Como lo recuerda Papadakis, sacerdote estudioso de su obra, «Kazantzakis no era un teólogo, sino un hombre de letras. No se lo debe juzgar

64 *La última tentación*, p. 394.

65 *Ibid.*, p. 367.

66 M. L. Bidal-Baudier, *Nikos Kazantzakis: Cómo el hombre se hace inmortal*, Trad. de P. Canto, Ed. Carlos Lohlé, 1986, Buenos Aires, p. 135.

67 *Ibid.*, p. 136. Heleni Kazantzaki cuenta cómo, gravemente enfermo, el escritor creyó ver a San Francisco y cómo decidió escribir un libro sobre él. También aquí Kazantzakis se refirió al tratamiento de la vida y palabras de Cristo que él hizo. *Nikos Kazantzakis: el disidente*, traductor anónimo, Ed. Planeta, 1974, Barcelona, p. 536.

68 *Ibid.*, p. 135.

con criterios absolutamente dogmáticos»⁶⁹. La misma idea expresa otro eclesiástico, el protopresbítero Georgios Pirunakis, quien estudió varios aspectos de la relación del escritor con la religión⁷⁰.

69 Constantino Papadakis, «Principes métaphysiques et moraux dans l'oeuvre de Nikos Kazantzaki», rev. *Le regard crétois*, Nº 13, 1996, p. 24 (Ginebra).

70 Georgios Pirunakis, «El deísta Kazantzakis», en: Cleopatra Prifti, *El deísta Kazantzakis*, Ed. Nikolaidis, 1988, Atenas. Pirunakis deja en claro que la Iglesia Ortodoxa nunca excomulgó al escritor. Tampoco se le negaron servicios religiosos a su muerte. Por el contrario, en Creta ofició la ceremonia el arzobispo Eugenio y el clero de Heraklio, en la majestuosa iglesia catedral de San Minas, y un joven sacerdote acompañó al féretro hasta la tumba. En Atenas, desafortunadamente, el arzobispo Teócleto no se atrevió a permitir que el féretro descansara en una capilla de la catedral en espera del avión que lo conduciría a Creta. En cuanto a la Iglesia Católica, es verdad que, sin duda por incomprensión de la obra, se colocó en el Índice la novela *La última tentación*. La Iglesia Católica podía prohibir la lectura del libro a sus fieles, pero no podía excomulgar a su autor, puesto que éste pertenecía a la Iglesia Ortodoxa.

KAZANTZAKIS AND CHRIST

Miguel Castillo Didier

Kazantzakis was a man whose spiritual life went deep. He admired such diverse people, as Buda, Moses, Christ, Muhammad, Nietzsche, Dante, Don Quixote and Lenin. During his life Kazantzakis constantly showed a great veneration for Christ. The author examines him in the novels *The greek passion* (originally *Christ is crucified once again*) and *The last temptation*, in the poem *Christ*, in the play *Christ* and in the 21st rapsody of *Odyssey*.

He also states that, in a way, we find another image of Christ in *The poor of Asissi* through the follower of Jesus most admired by Kazantzakis: St. Francisco. The author studies the two novels as fictionalized transfiguration and as fictionalized biography respectively, applying some of the criteria presented by Th. Ziolkowski in his work *Life of Jesus in the literary fiction*. Kazantzakis disagrees with Ziolkowski's opinion, which sees a paranoia in the character Manolios. On the contrary, the author thinks that Manolios is for Kazantzakis the most consistent follower of Christ.

In the poem *Christ* the figure of Jesus appears in a moment of meditation, showing mainly his human side. He would want that, according to the Law of Love, there's no condemnation at all, so everybody - good and bad people, human beings and animals - enter into paradise. In the play *Christ*, Jesus has just resurrected and severely is giving hard missions to the weak and frightened apostles. He demands from them consistency and sacrifices.

In *Odyssey*, Jesus is the last character who Ulises talk to after his long journey. The message of the sweet black fisherman moves him, but it does not convince him. The author remarks that Kazantzakis stresses mainly the human side of Jesus, especially in *The last temptation* and in the poem *Christ*.

Trad. J. Cristián Castillo